

JOSE EL CANTOR DE LOBOS

-Recuerdo una noche que estábamos en el desván; fuera, hacía mucho frío y un fuerte viento que silbaba, penetrando por entre las rendijas de las losas del tejado. Mi primo Félix se puso de pie y, con cara de susto, apuntó hacia el hueco de la escalera de madera con pasamanos...

-¡Escuchad! ¡Sube alguien!... puede ser... lapasínza...

-Yo pegué un salto y caí acurrucado en el regazo de mi tía Marce. De pronto, todos soltaron una gran carcajada porque, por el hueco de la escalera, apareció el primo Firme de Paradela. Era un hombre alto y delgado, y por la luz de los candiles, a mí pareció una sombra acercándose. Cuando cogió un taburete y se sentó, todos me miraron riéndose, menos mi tía, que me acarició y acercando otro taburete me sentó a su lado.

-No les hagas caso, se divierten porque tienes miedo, pero tú eres un niño valiente, ¿a qué sí?

-El resto de la velada se olvidaron de mí y se interesaron por Firme, que les contaba novedades de Grandas y de los Chaos, donde había caído una gran nevada. Fue en aquel momento cuando Firme se dirigió a mí y me dijo:

-A tu casa es difícil llegar, así que tienes San Felíz por lo menos para quince días.

-Y continuó dando noticias de la Manceba, en donde vivía mi prima Amparo, la hija de Marce, que se había casado recientemente y en donde regentaba con su marido una casa de comestibles-bar.



La Manceba era uno de los lugares más altos de los chaos, pues estaba muy cerca del puerto del Acebo y no lejos de los Oscos.

Eran aquellas unas sierras muy propicias para las grandes nevadas y para las historias de lobos. Y el primo Firme de Paradela, aunque afanado en su tarea de la esfoyaza, empezó a narrar lo que había ocurrido hacía algunos días.

-Estaba en la Manceba, en el bar de Amparo; José, el tratante de Mon, ya había comprado las mercancías que le habían encargado en casa, pero a la vista de que estaba nevando, decidió esperar a que escampase, haciendo lo que más le gustaba: beber un buen tanque de vino blanco caliente con azúcar. Arturo, el marido de Amparín, salió, soltó el caballo de la argolla de la puerta y lo llevó al cobertizo, pues ya tenía la montura cubierta de nieve. El perro de José esperaba a su compañero en el cobertizo, resguardado de la ventisca. Arturo regresó al bar y se lo comunicó al dueño.

-Ya tienes a los dos en el cobertizo.

-¿Metiste a los dos? ¡Ese perro es imbécil, no sabe guarecerse de una ventisca!

-No ¡hombre!, solo el caballo, el perro ya estaba allí.

-La ventisca no cesó ni tenía apariencia de cesar. Con varios tanques de vino caliente encima, José inspeccionó el exterior a través de una ventana, que apenas tenía unos centímetros sin nieve pegada, y sentenció que era el momento de largarse, antes de que oscureciera.

Todos los presentes, Amparo y Arturo, y algunos vecinos de los alrededores, le aconsejaron que no lo hiciera, pues en condiciones normales tardaría en llegar a su casa más de una hora, pero en aquella situación no lo haría ni en tres, si es que llegaba.

No escuchó consejos, pues llevaba más en la cabeza que en los pies, se echó por encima la capa que usaba en los inviernos, desamarró al lustroso y potente caballo que le servía como transporte en sus largos viajes de tratante, y siguiéndole su fiel perro, puso rumbo a la tormenta, pues en el horizonte aún se adivinaba con mayor fuerza la ventisca de nieve.

En el bar, todos quedaron preocupados, pues conocían bien los efectos de las fuertes nevadas en aquellos parajes, ya que en tan solo unas horas podían dejar atrapados a cualquier caballo y su jinete. Como así fue. José anduvo los primeros kilómetros, luchando contra el viento y contra la nieve. Primero subido a la montura, luego bajándose y caminando en paralelo, apoyándose en su caballo. El perro los seguía a duras penas. Hasta un momento en que la nieve le cubría por encima de la cintura. El caballo se vio imposibilitado de sacar las patas por encima de la nieve y el perro se había rendido en el empeño de avanzar.

Se estaba echando la noche encima, adelantada por la oscuridad de la tormenta, cuando de pronto empezó hacerse la claridad al abrirse el cielo en una noche estrellada. La superficie de la nieve se heló rápidamente, lo cual aprovechó el fiel perro para sacar sus patas y arrastrarse

hasta su dueño, con el fin de darle calor. El calor del cuerpo del caballo, el del perro y el del propio José, hicieron que en torno a él, mediante sucesivos movimientos para entrar en calor, apareciese un hueco que, en principio, les permitía no estar en contacto continuo con la nieve, aunque también le permitía ver a José la considerable altura de la misma, lo que le indicaba la

imposibilidad de avanzar, estaban atrapados.

A su alrededor había un escampado con ondulaciones de una intensa blancura, donde se reflejaba el resplandor de una luna llena recién aparecida. A unos cincuenta ó sesenta metros, en dirección a donde había salido la luna, terminaba un monte de xestas -retamas- que espigaban por encima de la nieve, dando un halo de sombra a su alrededor. En dirección opuesta, a algunos metros más, quizás a un centenar, finalizaba un bosque de robles que no emitían ninguna sombra, ya que la misma caía sobre su interior, haciéndolo aún más sombrío, más misterioso. De frente y a la espalda, la vaguada ondulada continuaba en ambas direcciones.

La comprobación del escenario no tranquilizó a José, que no halló salida alguna, pues en cualquier dirección que intentase continuar, la espesura de la nieve era la misma, ya que no había un valle cerca donde pudiese menguar. Pero, menos aún, le tranquilizó un aullido que de inmediato le resultó conocido... era el aullido de un lobo... no, de dos, no, de tres...

Se trataba de una manada de lobos que emergían de dos lugares: del monte de xestas -retamas- como prolongación de aquellas mismas sombras, y del bosque de robles, como minúsculas y destellantes luces dobles que se movían delante de un cuerpo de animal, del que despuntaban dos agudas orejas, por él bien conocidas.



La silueta de un lobo en la oscuridad, con el contraste de la claridad de la nieve al fondo, moviéndose de un lado para otro, era aterradora.



La situación se ponía tensa por momentos, el surgir de lobos por ambos extremos se iba reorganizando en forma de semicírculo, aunque a considerable distancia.

Las intenciones de la manada se adivinaban poco beneficiosas para los cercados; así que José, con una lucidez a la que debería su vida, se subió a la montura, se puso de pié, desató la capa y empezó a cantar con todas sus fuerzas, blandiéndola en continuos remolinos, que le servían como ejercicio para combatir el frío.

El perro pareció captar la intención y lo acompañó, sin cesar, con continuos ladridos.

El caballo, que no quiso quedar por menos inteligente, buscaba los intervalos para lanzar atronadores relinchos.

Aquella extraña figura de molino de viento rugiente, contuvo la manada de lobos que deambulaban desorientados, sin tomar una decisión, hasta que a la mañana siguiente, cuando despuntaba el alba, la voz casi agotada, la capa casi inerte, los ladridos y los relinchos entremezclados en un sonido indescriptible, unos vecinos que habían salido en su busca, los encontraron exhaustos, a punto de derrumbarse.



El griterío de los recién llegados, las antorchas, el alborozo del encuentro... hicieron que los lobos se dispersasen.

José se dejó caer de la montura, abrazando a su caballo por el cuello, a la altura de las orejas, y con el otro brazo atrayendo hacia sí a su fiel perro, susurrándoles a ambos al oído: "me habéis salvado la vida"; casi llorando, en un gesto inusual en él, se dirigió a su fiel amigo: - perdóname Napoleón, por el insulto de antes en la taberna.

Durante estos dos últimos días se ha corrido la noticia por toda la sierra, por los valles y por las riberas..., y a José, el tratante de Mon, ya se le conoce como "José el cantor de lobos".